

EN RECUERDO DE ALBERTO DÍAZ MANCISIDOR

Hace tres años, en el equipo decanal de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación de la UPV/EHU comenzamos a pensar en la posibilidad de editar una revista que recogiera aportaciones de profesores y de colegas del ámbito científico de la comunicación. Pronto creímos descubrir quién podía ser la persona adecuada para encargarse de perfilar el proyecto con el que empezábamos a ilusionarnos: Alberto Díaz Mancisidor.

Alberto - o "Manci", como le llamábamos cariñosamente algunos de sus amigos- aceptó la oferta encantado, feliz de enfrentarse a un nuevo reto profesional. Porque la vida de Alberto se ha caracterizado precisamente por el deseo de asumir desafíos, de crecerse ante los obstáculos.

Yo tuve la suerte de conocerle hace quince años: él acababa de regresar de una larga estancia en la Universidad de Minnessota, becado por la fundación Fulbright. Poco después de volver a Pamplona defendió con brillantez su tesis doctoral sobre la gestión de las empresas de radio en Estados Unidos, que había dirigido su maestro de toda la vida: Alfonso Nieto.

Alberto se estrenaba como profesor de Empresa Audiovisual en la Universidad de Navarra; yo asistía asombrado a las clases de un chico joven, que parecía tener la madurez de los viejos profesores, curtidos en mil lances con los alumnos. Mis compañeros comentaban que su dominio de la escena se debía a tres causas: tenía dotes naturales sobresalientes, había adquirido una sólida formación y -como él se encargaba de recordarnos con frecuencia- era de Bilbao...

Sus publicaciones sobre la industria radiofónica motivaron que la cadena SER le ofreciese un puesto de asesor. Sin dejar su atención prioritaria a la Universidad, Alberto comenzó a poner en práctica otro de sus sueños: conocer desde dentro las empresas de comunicación, adquirir experiencia del funcionamiento de los mercados informativos; de este modo, su docencia y su investigación se llenaban del color de los sucesos cotidianos que, tal vez por ser menudos, no se cuentan en los libros.

En 1984, Alberto fue contratado por esta Facultad para enseñar Tecnología de los Medios Audiovisuales. Aquí colaboró en los primeros proyectos de investigación, participó en la gestión de la Facultad -fue Vicedecano- y culminó su carrera académica: en 1993 se convirtió en el primer catedrático de Empresa Informativa de la Universidad del País Vasco.

Unos años antes tuve la suerte de seguir sus pasos: cuando en 1987 me incorporé a esta Facultad, Alberto -con su vehemencia habitual- ponía ante mis ojos proyectos grandes, atractivos, inteligentes; nuevas metas que se podían alcanzar. A veces esas conversaciones concluían con monólogos, porque necesitaba que alguien escuchase sus sueños, que no pocas veces se hacían realidad: como aquella idea de hacer un Master de Periodismo promovido conjuntamente por la UPV/EHU y "El Correo", o las publicaciones en algunas de las revistas científicas más prestigiosas de Alemania, Estados Unidos y Gran Bretaña, o la dirección de esta revista, que fue su último gran proyecto.

Alberto era un vitalista: amaba la vida apasionadamente. En una de nuestras conversaciones en el hospital le pregunté si tenía miedo a la muerte, si estaba preparado para algo que podía ocurrir. Con su mirada brillante y sin titubear me respondió que pensaba, sobre todo, en luchar para seguir viviendo; pero, sin duda, también vislumbraba que cuando cerrara por última vez los ojos comenzaría a ver algo maravilloso: el panorama que espera a los hombres buenos.

Alfonso Sánchez-Taberner